D. MANUEL SANCHEZ DE RUEDA.

CURIOSA RELACION, EN QUE SE DECLARA el cautiverio de este noble mancebo, natural de la ciudad de Valencia: dase cuenta de las proezas que hizo, quando se encontró su navío con tres fragatas y dos navíos de Moros; y el buen recibimiento que tuvo en el palacio del Rey de Argel.

PRIMERA PARTE.

A La Rosa mas fragrante,
à la Aroma mas perfecta,
à la Azucena mas pura,
à la que es del cielo Reyna,

Vírgen santa del Rosario,
cuyas prodigiosas cuentas
son el terror del infierno,
pues el que devoto reza,

dis-

dispone una batería,
cuyas balas amedrentan
à nuestro infernal contrario,
y rendido se confiesa,
quando empuñan estas armas
los Soldados de la Iglesia.
A esta divina Señora,
del Verbo Madre suprema,
con lágrimas le suplico,
me dé aliento, porque pueda
referir à mi auditorio,
una historia verdadera,
los casos mas peregrinos,
los sucesos de mas cuenta,
los hechos mas animosos,
que en los escritos se cuentan.
Atencion, oyentes mios,
que doy principio à mi idea.
En una ciudad de España,
rica, noble y opulenta,
la mas hermosa de quantas
descubre desde su esfera
con el fulgor de sus luces
ese radiante planeta,
rico vergel de hermosuras,
conjunto de la belleza;
pero para qué me canso,
si con nombrar à Valencia,
no hay ponderacion que llegue
donde su nombre se eleva:
en esta insigne ciudad.
jardin de España, y floresta
de Pomona, y el hibleo
del alcázar de Amaltea:
de esclarecido linage
y distinguida ascendencia,
nació de padres muy ricos
Don Manuel Sanchez de Rueda.
Este no sé qué disgustos
tuvo allá en su edad primera,
que trasladarlo à Sicilia
fue preciso con presteza.
Compusiéronse las cosas,
pero el valor que le alienta,
à las armas le inclinaba,
y siguiendo las banderas
de Marte, logró fortuna,
pues ascensos le presentan,
haciendo obsequio à su sangre,
y premiando sus proezas.
Se enamoró de una dama,
discreta, hermosa y honesta,
y ordenado el matrimonio,
segun dispone la Iglesia,
en los lazos de himeneo
gozaban paz muy completa.
Mas siempre la inclinacion
de dar à España la vuelta,
le avivaba los deseos,
y consiguió la propuesta.
En una nave mercante,
que para Cádiz se apresta,
con contento y regocijo,
y moderada opulencia
en Nápoles se embarcó
Don Manuel Sanchez de Rueda,
en compaña de su esposa
y dos infantes, que eran
de la primavera envidia
en hermosura y belleza.
Con feliz viento llegaron
à Cádiz, saltando en tierra,
donde estuvieron diez meses;
pero su fortuna inquieta
hizo que de Capitan
una vengala le dieran.
Puso bandera al instante,
y ya la gente completa,
por órden del gran Felipe,
de España gloria suprema,
se

se embarcaron al instante
en un navío de guerra,
dexando su esposa en Cádiz,
y à sus dos amadas prendas.
Se despidieron alegres,
tendiendo al viento las velas:
siete dias navegaron,
sin tener alguna pena,
pero llegando à los ocho,
descubrieron tres galeras
y dos navíos de Argel,
que la triste nave cercan;
y Don Manuel que esto vido,
tomó una fuerte rodela
y una espada muy cortante,
diciendo de esta manera:
ya es tiempo, Soldados mios,
que vuestro valor se vea.
Viva Jesus y su Madre,
viva la ley verdadera.
Plantaron el estandarte,
enarbolan la bandera,
tocan pífanos y caxas,
y los clarines resuenan.
Se esquadronan los Soldados,
y la gente que gobierna
la nave, tienen à punto
muchos pertrechos de guerra;
quando los Turcos furiosos
à batir la nave empiezan,
disparando los cañones
y fusilería diestra.
Comenzaron la batalla
con tanto vigor y fuerza,
que las saetas de plomo
ofreciendo muerte fiera
à los unos y à los otros
iban diestras y ligeras.
Ya el agua parece sangre,
ya las voces se acrecientan,
y ya las balas se cruzan,
ya se quiebran las entenas,
ya los árboles se rompen,
y ya se rasgan las velas:
pierde el tino el timonero,
los que mandan, no vocean,
roncos ecos se oyen solo
maniobrando en sus faenas;
unos llaman à Mahoma,
y otros con fe verdadera
à Dios y à su santa Madre,
que los ampare y defienda,
y entre tanta confusion
que à tope un navío llega
de Moros al de Cristianos.
Don Manuel Sanchez de Rueda
como un leon desatado
en el navío se entra,
cortando piernas y brazos,
y derribando cabezas.
Duró el sangriento combate
como cosa de hora y media:
pero al cabo de este tiempo
sopló el ayre de manera,
que la quietud de las aguas
se trocó en tormenta fiera,
la que abandonar les hizo
la batalla à toda priesa.
Dos galeras de los Moros
en tan desecha tormenta
à la vista se anegaron,
sin que remedio tuvieran.
Y Don Manuel quando vido
que su navío se alexa,
y que tiene cinco heridas,
y algunas no muy pequeñas,
al Arraez de los Moros,
que cansado en la palestra,
le tenian resguardado,
le decia: sal afuera,
gran

gran Capitan, que ya tienes
este esclavo à tu obediencia.
Salió el Moro de la popa,
diciéndole muy de veras:
Cristiano, yo soy tu amigo,
y à la popa se lo lleva.
Mandó el Moro que sacasen
las medicinas mas frescas,
y à Don Manuel lo curasen;
quando en estas intermedias
al puerto de Argel llegaron,
donde saltaron en tierra.
Dieron relacion al Rey
de tan funesta tragedia,
y despues que le contaron
quanto referido queda,
dixo Mostafá: Señor,
abaxo queda en la puerta
un Cristiano que lo estimo
como mi persona mesma.
Es mozo de grandes brios,
y de muy linda presencia,
valiente como español,
pues en todas vuestras tierras
no he visto, ni espero ver
otro que igualarle pueda;
pues quando entró en mi navío
con su espada y su rodela,
cerró con toda la gente,
y fue tanta su destreza,
su valor y su denuedo,
que en la sangrienta pelea
dió la muerte à treinta Turcos
en discurso de hora y media.
Mas viendo yo tal destrozo,
y tan terrible fiereza,
arrojéme à él, diciendo:
si al punto las armas dexas,
y à mi persona te rindes,
seré tu amigo de veras;
y dichas estas palabras,
se me puso à mi obediencia.
Lo que os suplico, señor,
que con algunas promesas
veais si se vuelve Moro,
que Mahoma el gran profeta
de esta buena obra el premio
os dará por cosa cierta.
Y el Rey dixo: Mostafá,
haz que à mi presencia venga,
que siendo qual tú me dices,
es preciso que le atienda,
y con mayor ocasion,
porque tú lo recomiendas.
A Don Manuel conduxeron
à la sala donde espera
el Rey, el qual le pregunta:
de qué patria ò de qué tierra
eres, buen Cristiano amigo?
Don Manuel Sanchez de Rueda,
aunque triste, muy atento,
haciendo una reverencia,
le respondió: gran señor,
de la ciudad mas amena,
mas hermosa y agradable
que en toda España se encuentra,
y para decirlo en suma,
de la ciudad de Valencia,
la que es en letras y en armas
pasmo de todas las ciencias.
Al ver su desembarazo,
el Rey prendado se queda,
y le dixo: pues yo gusto
que mi mayordomo seas,
y así dispon en mi casa,
quanto quisieres ordena,
que el darlo yo por bien hecho,
te juro por mi profeta.
Y para segunda parte
lo restante se reserva.

F I N.